

MEDITACIÓN CIII

DOMINICA XII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Nonne decem mandati sunt? Et novem ubi sunt?*
(Luc., XVII, 17.)

Ingratitud hacia Dios.

- I. En qué consiste.
- II. Cuán criminal es.
- III. Cuán funesta.

PUNTO I

En qué consiste la ingratitude hacia Dios

Es el extremo opuesto del agradecimiento. Esta virtud nos lleva al cumplimiento de tres deberes: pensar en los beneficios, agradecer al bienhechor, y usar bien de sus dones: tres deberes que cumplió primorosamente el leproso cuya gratitud se nos propone á nuestra imitación. Tan pronto como se siente curado, dirige su espíritu, su corazón, sus pasos hacia aquel á quien es deudor de tan grandes beneficios. *Ut vidit quia mundatus est, regressus est.* Glorifica á Dios en alta voz. *Cum magna voce magnificans Deum.* Se arroja á los pies de Jesucristo, como para entregársele y para consagrar á su servicio la salud que le ha devuelto. *Cecidit in faciem ante pedes ejus, gratias agens.* El hombre ingrato con Dios hace todo lo contrario. Lejos de guardar en su espíritu las gracias que de El ha recibido, las olvida; en vez de agradecerse las al Señor, desconoce que las ha recibido de El, se las atribuye á sí propio, cuando debía emplearlas en servirle, abusa de ellas para ofenderle.

Al ver cómo fueron esos diez leprosos al encuentro del Salvador, deteniéndose luego por respeto y pidiéndole con tanto ardor, una mirada de compa-

sión. *Jesu praeceptor, miserere nostri,* hubiérase creído que, al ser escuchados, nada podría borrar de su memoria un beneficio tan vivamente deseado. Pero tan pronto como lo han recibido, todos lo olvidan á excepción de uno solo. La alegría misma del beneficio, y el placer de esta alegría, borra de su espíritu el pensamiento del bienhechor. Este olvido criminal es reprochado con frecuencia al pueblo antiguo (1). Pero ¡ay! ¿acaso nosotros lo merecemos menos?—Pensamos en el bien que poseemos; pero desconocemos su principio. En vez de dar gloria á Dios, se busca la honra para sí mismo. *Non est inventus qui rediret et daret gloriam Deo.* Si no se dice con loco atrevimiento: *Manus nostra excelsa, et non Dominus, fecit hæc omnia* (2), se pretende al menos compartir con Dios la gloria del éxito. El hombre en su orgullo, quisiera debérselo todo sólo á sí propio, y como no lo puede, se esfuerza en disminuir su deuda. Pero el colmo de la ingratitude es el ultrajar á su bienhechor, y volver contra El sus propios dones. Este es otro reproche que Dios hace á su pueblo: «Hijos de Jacob, vosotros no me habéis invocado; Israel, no os habéis consagrado á mi servicio... Lejos de eso habéis abusado de mis beneficios, y me habéis convertido en esclavo vuestro usando de mí para ofenderme» (3). Oh! cuán frecuente es esta profanación de los dones de Dios, aun entre los hombres del Santuario! ¿Cuál es el Sacerdote que se atreviera á decir: Jamás han sido puestos al servicio de ninguna inclinación desordenada, de ninguna secreta ambi-

(1) *Oblitus es Domini creatoris tui.* (Deut., XXXII, 18.)
Non fuerunt memores multitudinis misericordiae tuae. (Ps. CV, 7.)—*Obliti sunt Deum qui salvavit eos.* (Ibid., XXI.)—*Obliti sunt benefactorum ejus et mirabilium quae ostendit eis.* (Ps. LXXVII, 11.)

(2) Deut., XXXII, 27.

(3) *Non me invocasti, Jacob, nec laborasti in me, Israël; non obtulisti mihi arietem holocausti tui, et victimis tuis non glorificasti me... Servire me fecisti in peccatis tuis.* (Is., XLIII, 22, 24.)

ción ni vanidad, los talentos que el Señor me ha confiado y los dones que de El he recibido?

PUNTO II.

¿Cuál es en sí el crimen de la ingratitud hacia Dios?

Puedo ya formarme una idea de esto por las reflexiones que acabo de hacer. Algunas consideraciones más van á descubrirme toda su enormidad.

El hombre ingrato roba á Dios el único tributo que este Soberano Señor puede y quiere recibir de su criatura inteligente. Esto dice el Señor: *Audi, populus meus, et loquar: Israel, et testificabor tibi: Deus, Deus tuus ego sum* (1): Escucha, oh pueblo mío; no puedes dejar de conocer que yo soy tu Dios, y que habiendo recibido de Mí lo íntimo de tu sér con todos los bienes que posees, es justo que me des testimonio de tu gratitud por alguna ofrenda. ¿Pero qué podrás ofrecerme? Yo no necesito víctimas ni templos. ¿Qué se me puede dar que ya no me pertenezca? Sólo hay una cosa que yo tengo empeño en recibir de ti: y es un sacrificio de alabanza, en reconocimiento de mis beneficios: *Immola Deo sacrificium laudis: et redde Altissimo vota tua* (2). Y es eso precisamente lo que el hombre ingrato rehusa á Dios.

Hay más aún: poco le importa al ingrato que el Señor sea privado del fruto de las obras de la Creación y conservación del mundo material. La fe y la razón nos demuestran que el primer Sér, el Sér infinito no puede trabajar sino para Sí mismo: *Universa propter semetipsum operatus est Dominus* (3). ¿Qué se ha propuesto en todo cuanto ha hecho El? Su gloria únicamente. Las criaturas insensibles la acatan, cada cual, á su manera; y de todas puede decirse lo que de los Cielos afirmó el Real Profeta.

(1) Ps. XLIX, 7.

(2) Ibid.

(3) Prov., XVI, 4.

Cæli enarrant gloriam Dei. Es cierto que ellas carecen de lengua para hablar; pero su belleza, su utilidad..... invitan al hombre, para quien han sido hechas, á alabar, á bendecir, á dar gracias á su bienhechor común. Si el hombre no lo hace, priva á Dios, en cuanto le es posible, del fruto de sus trabajos; impide á sus criaturas llenar su fin, y él mismo se hace inútil, á pesar de haber sido sacado de la nada sólo para prestarles su voz, y ponerlas en estado de glorificar al Señor.

Finalmente el último atentado que encierra la ingratitud, es el ser ella la negación de Dios. Para el hombre ingrato, Dios ya no es esa fuente adorable de la cual fluye todo bien, ni ese último fin al cual debe todo convertirse. Audaz, se sustituye él al primer principio, atribuyéndose las ventajas que posee como si procediesen de sí mismo y en vez de glorificar por ellas al Autor de todo bien, guarda para sí el honor. Consiste en esto, según San Agustín, la esencia del orgullo y de la ingratitud que es su efecto: *Quid est superbia, nisi perversæ celsitudinis appetitus? Perversa enim celsitudo est deserto eo cui animus adhærere debet principio, sibi quodam modo fieri atque esse principium.* No es, pues, de admirarse si el mismo Doctor le dice á Dios: *Scio quod ingratitudo multum tibi displiceat* (1) y San Bernardo: *Nihil ita displicet Deo, præsertim in filiis gratiæ..... quemadmodum ingratitudo* (2). ¡Oh Sacerdotes, no sois únicamente los hijos de la gracia; sois sus padres, por cuanto la producís en el alma del prójimo; mucho más criminal sería por esto en vosotros un vicio ya tan horrible en los simples fieles!

(1) Solil. XVIII.

(2) Serm. de 7 mis.

PUNTO III

Funestos resultados de la ingratitud hacia Dios.

Dice San Bernardo que este odioso vicio es el mayor enemigo del alma, el aniquilamiento de sus méritos, la ruina de sus virtudes, la pérdida de los beneficios que había recibido. Es un viento abrasador que seca y agota la fuente de los dones celestiales (1). Es la perversidad del corazón, que quita las primeras gracias é impide las segundas, porque el ingrato merece perder el bien que posee y no es digno de obtener el que le falta. El santo doctor expresa su pensamiento por esta comparación: Si oponéis á un río cualquier obstáculo que le impida correr hacia el mar á donde debe dirigirse, ¿qué es lo que sucede? Por de pronto ha de corromperse el agua del río: *Fluminis aqua si stare cœperit et ipsa putrescet*; luego será rechazada la que venía de la fuente de origen: *Et aqua superveniens repellitur*. Es esto lo que acaece al alma desagradecida. Su mala disposición impide que los dones que había recibido vayan adonde ellos tendían, á la gloria de Dios y á su propia santificación, estos dones se pierden y se corrompen por su negligencia; pero además queda contenido el curso de las otras gracias. Dios le niega los nuevos bienes que le destinaba, y de los cuales se ha hecho indigno: *Sic plane gratiarum decursus cessabit, si recursus non fuerit: non modo nihil augetur ingrato, sed et quod acceperat vertitur ei in perniciem* (2). «Puesto que tú me olvidas, ciudad ingrata, dice el Señor á Jerusalén, llevarás el castigo de tu crimen: *Quia*

(1) *Ingratitudo inimica est animæ, exinanitio meritum, virtutum dispersio, beneficiorum perditio... ventus urens, siccans fontem pietatis, rorem misericordiæ, fluentia gratiæ.* (Serm. LI in Cant.)

(2) S. Bern., ibid.

oblita es mei... tu quoque porta scelus tuum (1). Y ¿cuál es este castigo? Dios nos lo advierte por el Profeta Oseas: «No tendré ya compasión con la casa de Israel: castigaré su olvido mediante el olvido mío: *Non addam ultra misereri domus Israël; sed oblivione obliviscar eorum* (2). ¡Castigo terrible, que conduce á la reprobación eterna!

Temamos las funestas consecuencias de la ingratitud, y tengamos horror al pecado que ella contiene, sobre todo cuando el culpable es un Sacerdote. Para preservarnos, pensemos con frecuencia en nuestra vocación y en los beneficios que le están unidos; ó más bien conformándonos con el consejo del Apóstol, ofrezcamos continuamente á Dios sobre el altar de nuestro corazón la hostia de nuestra alabanza: *Offeramus hostiam laudis semper Deo* (3), á fin de que nuestra fidelidad y agradecimiento atraigan sobre nosotros beneficios siempre nuevos y cada vez más excelentes: *Ut de perceptis muneribus gratias exhibentes, beneficia potiora sumamus* (4).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*En qué consiste la ingratitud hacia Dios.*

—Es el extremo opuesto del reconocimiento. Pensar en los beneficios, agradecer al bienhechor, hacer un buen uso de sus dones: ved lo que la gratitud impone, y lo que hizo el leproso curado. El hombre ingrato con Dios hace todo lo contrario: olvida el beneficio, desconoce á su autor, ultraja al soberano bienhechor con sus propios dones. ¡Oh, cuán frecuente es esta indigna profanación de los dones de Dios!

PUNTO SEGUNDO.—*Crimen de la ingratitud hacia Dios.*—El hombre ingrato roba á Dios el único tributo que quiere recibir de sus criaturas inteligentes: «No tengo necesidad, dice

(1) Ezech., XXIII, 35.

(2) Os., I, 6.

(3) Heb., XIII, 15.

(4) Missal.

el Señor, de vuestros dones, ni de vuestras víctimas. Sólo hay una cosa que deseo de vosotros, es un sacrificio de alabanza en cambio de mis beneficios.» Todas las criaturas aún insensibles, cantan la gloria de Dios, y nos invitan á bendecirle... Si no lo hacemos, privamos á Dios, en cuanto de nosotros depende, del fruto de sus trabajos. El hombre ingrato se sustituye al primer principio, atribuyéndose las ventajas que posee, ó que cree poseer, como si procediesen de él.

PUNTO TERCERO.—*Crimen particularmente funesto.*—Dice San Bernardo que la ingratitud es un viento abrasador que seca el rocío de la gracia y agota su manantial. «Ciudad ingrata, dice el Señor á Jerusalén, puesto que tú me olvidas, te olvidaré yo mismo!» Castigo formidable que conduce á la reprobación.

MEDITACIÓN CIV

DOMÍNICA XIV DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Nolite solliciti esse, dicentes: Quid manducabimus, etc.*—El buen Sacerdote honra á la Providencia.—(T. II, p. 307).

MEDITACIÓN CV

DOMÍNICA XV DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Ecce defunctus efferebatur.*—La muerte.—(T. I, p. 328).

MEDITACIÓN CVI

DOMÍNICA XVI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Recumbe in novissimo loco.*—La humildad le es sumamente necesaria al varón apostólico.—(T. II, p. 231).

MEDITACIÓN CVII

DOMÍNICA XVII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.*—El amor de Dios.—(T. III, p. 351).

MEDITACIÓN CVIII

DOMÍNICA XVIII DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Ecce offerbant ei paralyticum.*—Cuidados de los enfermos.—(T. III, p. 190).

MEDITACIÓN CIX

DOMÍNICA XIX DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*El banquete Eucarístico.*

I. Este banquete sobrepuja en excelencia á todos los festines del mundo.

II. ¿Cuál es la vestidura nupcial que se debe llevar para tomar parte en él?

PUNTO I

El banquete eucarístico es infinitamente preferible á todos los festines del mundo

¿Quién es el que lo da? Es el rey inmortal de los siglos. El une á su Hijo con la Iglesia mediante los lazos más indisolubles: la Cena Eucarística es el festín de las bodas. Es Dios el que convida; y lo hace como quien es. Isaías vislumbró la magnificencia de este banquete divino; por esto decía: «El Señor de los ejércitos ha preparado para todos los pueblos un festín sobre esta montaña, un convite en el que se servirán los manjares más escogidos, los vinos más delicados» (1). La Iglesia, compuesta de todos los pueblos, llama á todos sus hijos para que vengan á este convite preparado por su Esposo adorable. Ella se

(1) *Faciet Dominus exercituum omnibus populis in monte hoc convivium pinguium, convivium vindemix, pinguium medullatarum, vindemix defecata.* (Is., XXV, 6.)

sirve de vosotros, ¡oh Sacerdotes! para invitarles á venir: ella quiere que uséis la instrucción, que les déis prisa, y si es necesario que uséis una santa violencia para obligarlos á que vengan y entren en la sala nupcial: *Ite ad exitus viarum, et quoscumque inveneritis, vocate ad nuptias* (1).—*Exi cito in plateas et vicos* (2).—*Exi in vias et sepes, et compelle intrare* (3). ¡Ah! si los hombres conocieran el bien que les hace Jesús, y el bien que les ofrece al decirles: *Venite, comedite panem meum, et bibite vinum quod miscui vobis* (4) ¡con qué ardor se precipitarían en la casa de Dios para recibir el don celestial!—*O sacrum convivium, in quo Christus sumitur, recolitur memoria passionis ejus, mens impletur gratia, et futurae gloriae nobis pignus datur!*

Meditando cada una de esas palabras comprenderéis y haréis comprender á los fieles las diferencias que existen entre este banquete eucarístico, y los más grandes festines del mundo. Estos son profanos: en ellos no se busca la gloria de Dios, ni la dicha eterna del hombre. El festín de Jesús es sagrado: *O sacrum convivium!* En él todo es santo, todo va dirigido á glorificar á Dios y á santificar las almas. En efecto, la Comunión es el medio más poderoso para formar los santos.

Los banquetes del mundo son más buscados y celebrados, á medida que aumenta el número y la variedad de los manjares. Es necesario que los haya para todos los gustos: y como ningún alimento terreno puede reunir en sí todos los sabores, tampoco puede satisfacer y hartar enteramente.

En el banquete de Jesús se sirve un manjar solo, y es Jesucristo mismo: *In quo Christus sumitur*. Este pan de vida descende del cielo: como es un bien infinito y principio de todos los bienes, así contiene todo lo que puede desear el corazón del hombre. Mucho

- (1) Matth., XXII, 9.
- (2) Luc., XIV, 21.
- (3) Ibid., 23.
- (4) Prov., IX, 5.

más que el maná, en el cual estaba figurado, El hace probar á los hombres las más puras delicias, y satisface todos los más nobles apetitos del alma: *Quid mihi est in caelo, et a te quid volui super terram?*

En los festines del mundo la conversación no puede tratar de la muerte, no se puede hablar de penas y aflicciones: ahí no se quiere oír sino discursos que halaguen las inclinaciones del goce. En el banquete Eucarístico todo recuerda la Pasión y Muerte del Hijo de Dios: se hace memoria de ella: *Recolitur memoria passionis ejus*. Por una parte ese recuerdo es amargo; pero al mismo tiempo ¡cuánta dulzura encierra en sí! *Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me*. ¡Cuán útil es este recuerdo por los sentimientos que inspira, por las virtudes que fomenta, y por el impulso que da hacia la perfección!

Al acabar los festines del mundo, se sale de ellos con el cuerpo agravado por la cantidad de alimento y á veces en perjuicio de la salud. El alma casi siempre sale herida por alguna ofensa á Dios: ó al menos incapaz de aplicarse á las funciones del espíritu. Al contrario grandísimo es el provecho que el alma de vida interior saca siempre del banquete eucarístico. No se recibe allí una gracia particular; sino la plenitud de ellas; se recibe la fuente misma de todas las gracias: *Mens impletur gratia*.

De esto se sigue una última diferencia, que es consecuencia de las otras. Los festines del mundo, ya sea por los abusos que se cometen en ellos, ya sea por las ocasiones de pecado que ofrecen, á menudo producen la pérdida del alma y del cuerpo.

La piadosa participación al banquete eucarístico salva al hombre y le da la prenda de su predestinación: *Et futurae gloriae nobis pignus datur*. «Una comunión bien hecha es una carta de recomendación para el cielo» (1).

Siendo así que este manjar sagrado obra sobre el cuerpo y sobre el alma, todas las veces que lo tomamos dignamente imprime en nosotros el sello de la

- (1) P. Ch. Lallemand.

vida eterna: *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam*, y pone en nuestra carne un germen de gloriosa resurrección: *Et ego resuscitabo eum in novissimo die* (1). ¿Habéis hablado alguna vez á los fieles de los grandes tesoros que pueden sacar de la comunión? Vosotros mismos Sacerdotes habéis pensado en ello? Porque vosotros no sois tan sólo los encargados de invitar, de preparar el festín del gran rey, no sois tan sólo los encargados de hacer los honores de su mesa en calidad de ministros: sino que sois también los primeros invitados: si es verdad que todos reciben de vosotros el pan celestial, también lo es que todos lo comen después de vosotros. ¿Qué le debéis á Jesucristo bajo este doble aspecto?

PUNTO II

¿Cuál es la vestidura nupcial que el Sacerdote debe llevar al banquete eucarístico?

¿Habéis pensado alguna vez en esto: ¡El santuario profanado por el mismo á quien había sido confiada su custodia!—En otra parte hemos considerado lo horrible de este atentado; de ese crimen tan espantoso: ¡una Misa sacrílega! Por el Evangelio de hoy podemos argüir cuál será el castigo: *Amice, quomodo huc intrasti non habens vestem nuptialem?... Tunc dixit rex ministris: Ligatis manibus et pedibus ejus, mittite eum in tenebras exteriores; ibi erit fletus et stridor dentium*. Esta vestidura nupcial es la caridad (2); ¡y cuán perfecta debe ser ella en el amigo privilegiado de Jesús, que sube todos los días al altar, y todos los días participa del celestial banquete! Se puede comparar el corazón de los fieles á esas hosterías, donde el príncipe no entra sino de paso, y en las cuales se

(1) Joan., VI, 55.

(2) *Qui debemus intelligere per vestem nuptialem nisi charitatem?* (S. Greg., Hom. 38, in Evang.)

contenta con lo necesario sin buscar espléndidos adornos. Pero no es así del palacio que él fabricó y amuebló para establecer allí su morada habitual: en él todo ha de ser digno de la magnificencia real.—¡Sacerdotes! Vuestra alma es el palacio del monarca universal: él prodigó tesoros para adornarlo con todas las virtudes: y ¿podéis creer que El se halle satisfecho no encontrando ahí más que disposiciones comunes, una justicia ordinaria? Los santos doctores os dicen que vosotros debéis resplandecer de santidad como el sol resplandece de luz (1); que habiendo sido vosotros preferidos á los ángeles para favores de precio tan eminente, vuestra vida debe ser más angelical que humana (2). Meditad la enseñanza de la Iglesia en el Concilio Tridentino: *Si necessario fatemur nullum aliud opus adeo sanctum ac divinum a Christi fidelibus tractari posse, quam hoc ipsum tremendum mysterium..., satis etiam apparet omnem operam et diligentiam in eo ponendam esse, ut quanta maxima fieri poterit interiori cordis munditia et puritate, atque exteriori devotionis ac pietatis specie peragatur*. (3).

Al lenguaje de la palabra añade la Iglesia el de las acciones y de las figuras. Antes de permitirnos el ejercicio del más sublime de nuestros ministerios, ella nos lleva á un lugar santo, donde se guardan las insignias de nuestro sacrificio. Allá, como en el vestibulo del Cielo, ella nos prepara á comparecer ante el trono de Dios. Ella bendijo los ornamentos sagrados; y al revestirnos de ellos, por la significación que les da, hace de nosotros la viva imagen de su Esposo, tal como estaba durante su divina Pasión: amito, cingulo, manipulo, estola, etc.; todo figura las humillaciones y los padecimientos de

(1) *Solaribus radiis puriorem esse oportet animam sacerdotis... Luminis instar universum orbem illustrantis splendescere debet*. (S. Chrys., *De Sacerd. lib. 6.*)

(2) *Potius angelicam quam humanam debent conversationem habere*. (S. Laur. Just. Serm. de Euch.)

(3) Trid. Sess. 22.

Jesús. Ella quisiera revestir á su representante de pureza, mediante el alba que la figura; de caridad, mediante la casulla que la simboliza..... En fin, con todos los medios ella nos recuerda que para entrar en el *Sancta sanctorum* es necesario una santidad eminente.

Pero ¡ay! ¿Cómo nos disponemos al divino sacrificio y al festín sagrado que le sigue? ¿Por qué tan sólo en los Sacerdotes más separados del mundo, de vida más interior, encontramos ese temor saludable, que lejos de excluir la confianza es el fundamento más sólido de ella? «Yo temo, dice el Padre Berthier, que la víctima adorable que tantas veces tengo entre mis manos, no se levante algún día contra mí para poner el sello á mi reprobación. Para esto no es necesario caer en crímenes vergonzosos, apartarse totalmente de los principios de la religión..... Una vida tibia, muelle, sensual; vistas humanas en los detalles de nuestras acciones; un corazón que no piensa en Dios durante la oración; ocupaciones profanas y discursos inútiles; empresas de interés ó de ambición; un olvido casi continuo de la mortificación cristiana..... una sensibilidad extremada tocante á todo lo que se refiere á la estimación de los hombres; en fin, mucho amor propio y poco amor á Dios, es suficiente para precipitar á un Sacerdote hasta al fondo del abismo» (1).

Examinaos seriamente sobre este punto tan importante y seguid el consejo que os da San Ambrosio: *Mutet vitam qui vult accipere vitam: nam si non mutat vitam, ad iudicium accipiet vitam* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*Excelencia del Banquete eucarístico.*—Es Dios quien sirve, y lo hace como quien es. *Venid*, nos dice,

- (1) Reflex. spirit., c. X, I. Corinth.
(2) Serm. dom. 4 Adv.

comed mi pan y bebed el vino que os he preparado (1).—*O sacrum convivium!* ¿Por qué *sacrum*? Porque en él todo es santo, y especialmente el alimento: *in quo Christus sumitur*. Maravillosas cosas que este banquete nos recuerda: *Recolitur memoria passionis ejus*. Abundancia y plenitud de gracia que se recibe: *Mens impletur gratia*. Frecuentar dignamente este sacramento es recibir la prenda de nuestra predestinación: *Et futurae gloriae nobis pignus datur*. Cada comunión bien hecha es una carta de recomendación para el cielo.

PUNTO SEGUNDO.—*Cuál es la vestidura nupcial que el Sacerdote debe llevar á este banquete.*—Para evitar una espantosa profanación basta tener la gracia santificante, es decir, la caridad; pero ¡cuán perfecta debe ser ésta en los amigos de Jesús! El alma del fiel es como una hostería en que el príncipe entra de paso; la vuestra, Sacerdotes, es el palacio de este gran rey: *Solaribus radiis puriorem esse oportet animam sacerdotis*. Sois preferidos á los ángeles para una función tan celestial: luego vuestra vida ha de ser más angelical que humana. ¡Cuánto se esfuerza la Iglesia para no enviar al altar más que hombres de santidad eminente!

MEDITACIÓN CX

DOMÍNICA XX DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Credidit homo sermoni quem dixit ei Jesus.*—El poder de la fe.—(T. II, p. 138).

MEDITACIÓN CXI

DOMÍNICA XXI DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.—*Uso del talento sacerdotal.*

Assimilatum est regnum caelorum homini regi, qui voluit rationem ponere cum servis suis. (Matth., XXIII, 23).

Se puede reunir esta parábola á aquella de la cual se habló en el Capítulo XXV de San Mateo; lo mismo la una como la otra se aplican tan naturalmente á

- (1) Prov., IX.